

EUROPA Y SUDAMERICA

— Por Francisco Orrego Vicuña —

Profesor de Derecho Internacional y Director del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile. Asesor y profesor de numerosos centros de estudios relacionados con su especialidad. Tiene una amplia experiencia en comisiones y conferencias en Hispanoamérica y en las Naciones Unidas.



Al leer las obras de los intelectuales europeos contemporáneos se tiene la impresión de que Europa ha entrado en una fase nostálgica de su existencia, en la que mira más al pasado que al futuro, ya que aquél produce una sensación de grandeza y seguridad, mientras que éste plantea grandes elementos de incertidumbre y presenta mermado el papel de dicho continente en la política mundial de nuestros días. «¿Existe Europa? ¿Hubo un pasado? ¿Habrá un futuro?», ese es el lamento que lanza Stanley Hoffmann (1), y que se ha hecho famoso precisamente por representar la tensa inquietud que Europa siente ante el futuro.

1. La nueva dimensión y las limitaciones de la función europea

Desde el punto de vista de América del Sur, aunque la importancia de Europa dentro del reparto internacional del poder haya disminuido, ello no se debe tanto a un hipotético período de decadencia, del que no se observan síntomas claros, como a que en los últimos decenios la magnitud de los problemas ha crecido tanto que ya no sería eficaz ni imaginable afrontarlos desde un ángulo exclusivamente

* BAJO la rúbrica de «Ensayo» el Boletín Informativo de la Fundación Juan March publica cada mes la colaboración de un especialista sobre un aspecto de un tema general. Anteriormente fueron objeto de estos ensayos temas relativos a la Ciencia, el Lenguaje, el Arte, la Historia, la Prensa, la Biología, La Psicología y la Energía. El tema desarrollado actualmente es el de Europa. ▶

europeo. Europa tiene y seguirá teniendo un importante papel internacional que desempeñar; pero la magnitud de ese papel dependerá de la capacidad de asociación que el Viejo Continente desarrolle en su propio interior o con otros continentes.

Esta determinación de las dimensiones de la función europea es quizá el mayor problema con que se enfrentan los países del Viejo Continente. Y en la resolución de ese problema, que no es nuevo en modo alguno, es donde Europa no ha tenido mucho éxito durante los decenios últimos. En primer lugar, la partición política que este continente ha experimentado después de la guerra le ha privado de una parte importante de su posible poderío internacional, ya que algunos países europeos importantes dejaron de actuar en el «contexto europeo» y se alinearon con un bloque de características diferentes.

Aunque en ciertos círculos pueda considerarse como herejía, no es difícil imaginar lo que Europa sería hoy si contase con una Alemania unida o si en el contexto europeo se incluyesen los países de Europa oriental, cualesquiera que fuesen sus inclinaciones ideológicas, pero capacitados para actuar de concierto. Acaso esa posibilidad no esté totalmente descartada en el futuro, ya que, a veces, se observan manifestaciones recíprocas del deseo de avanzar en esa dirección; mas, para los fines del presente análisis, esa hipótesis constituye una incógnita futura imposible de calibrar por el momento.

Una vez efectuada la partición de Europa, las naciones que quedaron en el grupo occidental aprovecharon la opción alternativa que se les ofrecía: buscar la unidad a base de la «idea europea». Del movimiento europeo a la estructuración de las instituciones comunitarias, la capacidad de asociación que mostraron los países europeos asombró al mundo y creó una base eficaz sobre la que adaptarse a la nueva dimensión internacional surgida después de la guerra.

En números anteriores se han publicado *Génesis histórica del europelismo*, por Antonio Truyol Serra, Catedrático de Derecho y Relaciones Internacionales de la Universidad Complutense; *Balance y perspectivas del Mercado Común*, por Matías Rodríguez Inciarte, Técnico Comercial del Estado; *Portugal y la Comunidad Económica Europea*, por José da Silva Lopes, ex-ministro de Finanzas de Portugal; *Reflexiones sobre política europea*, por Thierry de Montbrial, Director del Instituto Francés de Relaciones Exteriores; *Reflexiones políticas sobre defensa y seguridad de Europa*, por Javier Rupérez, Embajador jefe de la Delegación Española en la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa; *La defensa y la seguridad europeas*, por Fernando Morán, Diplomático y escritor; *El triángulo euroatlántico*, por James O. Goldsborough, miembro del Consejo para las Relaciones Exteriores de Nueva York; *Los grupos políticos en el Parlamento Europeo*, por Jacques Georgel, Profe-

Sin embargo, tampoco en este otro aspecto ha sido totalmente satisfactoria la experiencia. En primer lugar, la fuerza y el contenido político de la «idea de Europa», que era el factor principal que impulsaba este movimiento, ha sido sacrificado poco a poco (2) a unos programas fundamentalmente «economísticos», cuya administración está encomendada a una numerosa burocracia que, por muy eficaz que sea en el desempeño de sus funciones, es incapaz de suscitar el entusiasmo de nadie como paradigma del proyecto político europeo. El arte de la política, con toda su sutileza y con el estilo admirable que algunos países europeos han mostrado en la práctica del mismo, no ha pasado de la esfera nacional a la comunitaria.

En este sentido, en Europa las ideas e intereses nacionales siguen predominando sobre los proyectos comunitarios de largo alcance necesarios para conferir a este continente una fisonomía política que, además de ser atrayente, le permitan desempeñar con eficacia su función en el mundo. La «idea de Europa» poseyó estas características en su momento; pero esa idea no ha encontrado sustituto eficaz en las actitudes que le sucedieron, basadas en cierto culto al nacionalismo. Al menos, esa falta de sustitución eficaz es evidente si se considera Europa como un todo, como una unidad en la esfera internacional. Desde este punto de vista de Europa como unidad regional, es fácil ver que el continente carece de liderazgo político suficiente para perfeccionar, alentar y desarrollar la función internacional objeto de discusión. Y tampoco han bastado los esfuerzos bilaterales, como los reflejados en las conversaciones franco-alemanas en la cumbre, para garantizar a Europa un papel más decisivo en la política internacional.

▷ sor de la Facultad de Ciencias Jurídicas de Rennes; *Europa y el sistema internacional*, por Ian Smart, Ex-Director adjunto del Instituto Internacional para Estudios Estratégicos; *América Latina, Europa y el Nuevo Orden Económico Internacional*, por Felipe Herrera, Presidente del Banco Interamericano de Desarrollo; *Europa: una economía en la encrucijada*, por José Luis Sampedro, Catedrático de Estructura Económica; *Europa y el desafío ecologista*, por Konrad von Moltke, Director del Instituto de Política Europea del Medio Ambiente; *Europa, como idea e impulso*, por Hendrik Brugmans, Profesor de Historia de las Civilizaciones en la Universidad Católica de Lovaina; *La identidad ideológica de la Europa Occidental*, por José María de Areilza, Presidente de la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa; *Europa frente a los cambios mundiales*, por Raymond Barre, Ex-Vicepresidente para asuntos económicos y financieros de la Comisión de las Comunidades Europeas; *El Parlamento Europeo*, por Simone Veil, Ex-Presidenta del Parlamento Europeo; *La aportación de Europa frente a la crisis*, por François X. Ortoli, Vicepresidente para asuntos económicos y financieros de la Comisión de las Comunidades Europeas; y *Grecia, en el contexto de la Comunidad Europea*, por Jean Siotis, Director del Centro Helénico de Formación Europea.

Además, mientras la Comunidad Económica Europea no se amplíe con otros países interesados en adherirse a ella o, en general, no adopte una política de fomento de los factores que contribuyen al engrandecimiento internacional del continente, la estructuración misma de Europa tendrá un alcance reducido. Las dificultades económicas inherentes a la ampliación pueden ser muy comprensibles; pero, como ya se ha apuntado, el problema no es económico sino político.

También en este aspecto se nota la falta de liderazgo político y, en cierta medida, la ausencia de un enfoque pluralista de las cuestiones políticas y económicas que permita a todas las naciones europeas integrarse más de lleno en la idea central europea. Más bien parece que la tendencia es a excluir en lugar de sumar.

Con una Europa dividida en parte por la citada partición y precariamente unida mediante unas instituciones comunitarias que han perdido su motivación política, no es difícil explicar las dificultades que caracterizan la tercera instancia de asociación, o sea, la alianza atlántica con Estados Unidos. Esa asociación atlántica, concebida tal vez con un espíritu de hermandad e igualdad, en la realidad se ha convertido en un sistema en el que el predominio de Estados Unidos es escandaloso, en parte por los errores de la política exterior norteamericana, pero, sobre todo, por falta de un liderazgo europeo capaz de mantener una relación equilibrada entre ambos lados del Atlántico.

Paradójicamente, esa alianza concebida para la seguridad se ha transformado en un factor de inseguridad para el futuro, tal como lo consideran los europeos de hoy. La pregunta que muchos países del mundo se plantean, respecto a la confianza que merecen sus pactos militares con Estados Unidos, es también válida en Europa, especialmente porque este continente depende mucho del paraguas nuclear de Estados Unidos y del potencial combinado de la OTAN. Los sucesivos cambios habidos en la doctrina estratégica de Estados Unidos y las vicisitudes de las relaciones de este país con la Unión Soviética no favorecen ciertamente la confianza de los europeos.

En esa misma medida, en algunos países europeos se observa manifiesto deseo de poseer mayor autonomía en su política y estrategia defensivas. De ahí deriva una fuerte tendencia a reafirmar el papel de Europa en el mundo, cuya expresión típica se encuentra en Francia desde la época de De Gaulle y se manifiesta claramente en las decisiones políticas y los conceptos estratégicos de este país,

por ejemplo, la creación de una fuerza nuclear europea. Si bien Francia es el país que más explícito se ha mostrado en esta dirección, también en otras capitales europeas se observan sentimientos análogos.

Por la misma razón, los países europeos se muestran cada vez más cautos en cuanto a seguir la iniciativas de Estados Unidos en el terreno internacional, ya se trate de imponer sanciones a Irán o de la cuestión de Afganistán entre el Este y el Oeste. Por otra parte, la tendencia del gobierno norteamericano a evitar las consultas previas sistemáticas con sus aliados y limitarse a notificarles sus puntos de vista, no fortalecerá mucho la necesaria confianza dentro de la alianza occidental.

Algunas propuestas se han hecho para reformular la cooperación atlántica asentándola sobre bases más dinámicas; pero esas propuestas no representan, por lo común, más que los deseos o los artificios de un secretario de estado. Las conferencias en la cumbre tampoco han surtido, al parecer, cambios radicales en la escena, salvo quizá por lo que respecta a problemas concretos, como la actual situación en el terreno de la energía.

No se trata de afirmar que la alianza atlántica haya entrado en crisis; no es ese el caso. Pero desde el punto de vista del engrandecimiento europeo, que es lo que estamos discutiendo, se puede decir que, para dar a Europa un nuevo rango dentro del sistema internacional, los acontecimientos apuntan más a la necesidad de establecer un papel autónomo para Europa que a las posibilidades de lograr un mayor acercamiento a Estados Unidos.

2. Las relaciones con el Tercer Mundo y el peso del pasado

Las relaciones de Europa con el Tercer Mundo, entendido éste en sentido lato, forman una asociación incluso más compleja que la anterior. Según han señalado Albert Bressand y Thierry de Montbrial, la importancia que Europa y el Tercer Mundo tienen el uno para el otro ha crecido, ha dotado de mayor simetría al conjunto y ha hecho más viable un sistema de verdadera dependencia mutua (3). De todos modos, tal vez a consecuencia de las visiones de inseguridad mencionadas anteriormente, que en algunos casos han adquirido proporciones apocalípticas, en muchas capitales europeas la percepción política de este proceso es antagónica en su conjunto, casi como considerando como enemigos de Europa, reales o en potencia, a los países del Tercer Mundo.

Son muchos los factores que explican esta actitud un tanto negativa o pesimista. En primer lugar, el pasado colonial ha dejado un rastro en muchos lugares del mundo y, en consecuencia, los europeos no reciben sino la bienvenida mínima en esos países, sobre todo, en los de Africa y Asia. Por otra parte, ese mismo pasado ha condicionado en algunos aspectos la actitud de Europa hacia el Tercer Mundo, pues impide a aquélla despojarse enteramente de ese estilo imperialista o paternalista que no facilita precisamente las relaciones entre ambos grupos de países.

En este aspecto, las relaciones con el Tercer Mundo se basan fundamentalmente sobre un planteamiento económico, dentro del que se otorga especial importancia a la exportación, la importación y la inversión extranjera, así como sobre la ayuda para el desarrollo u otros instrumentos de análoga naturaleza. De los mecanismos bilaterales a la Convención de Lomé y a los lazos comerciales establecidos con los países del Pacto Andino, puede decirse que la política económica de Europa hacia los países en vías de desarrollo ha tenido éxito y ha generado unos intercambios que han servido de base para acrecentar la interacción y la interdependencia.

Sin embargo —así lo reconocen los autores citados— el problema no es sólo económico, pues tiene también una dimensión cultural y política que hasta ahora no se ha atendido debidamente. La cultura europea ha perdido gradualmente su magnetismo para muchos países del Tercer Mundo, que en algunos casos asocian esa cultura con la opresión del pasado colonial en lugar de hacerlo con una expresión de universalidad. Todavía más aguda es la falta de identificación política con Europa, salvo en unos pocos países con los que se ha cultivado intensamente una relación especial.

Esta laguna, este hueco de que adolece la proyección exterior de Europa, es probablemente el factor que más influye sobre el papel internacional de este continente, desde luego más que en el caso de Estados Unidos o la Unión Soviética, ya que estas otras dos regiones del mundo han logrado introducir en sus relaciones exteriores la atracción del progreso material y de la ideología, respectivamente. Así, pues, los grandes proyectos de asociación europea no suelen ser atractivos para los candidatos potenciales, precisamente por faltarles una motivación elevada de orden político o cultural. El antiguo sueño europeo de asociación con Africa resultó ser una quimera política. La idea del triángulo euro-afro-árabe que sirviese de base a una nueva dimensión política internacional es otro concepto utópico que algunos

dirigentes europeos se han puesto a cultivar en los últimos tiempos.

Los países en vías de desarrollo se dan perfecta cuenta de la actitud cautelosa que ha adoptado Europa, e incluso podría decirse que esos países se duelen de tal actitud por ver en ella una muestra de desconfianza. En el diálogo Norte-Sur, por ejemplo, y en otras negociaciones internacionales sobre problemas semejantes, la postura europea ha sido, por lo general, la más conservadora de todo el mundo industrializado, lo cual la coloca en acusada discrepancia con las tesis de los países en vías de desarrollo. Cierto es que los problemas derivados de los precios del petróleo y del uso político que hacen de esa arma algunos países exportadores de crudos no contribuyen a crear una base de confianza mutua sino que, por el contrario, constituyen una de las causas más directas del pesimismo con que Europa considera el futuro. Pero también es cierto que la actitud de la propia Europa, sobre todo por su falta de magnetismo político, ha provocado en el Tercer Mundo una reacción política manifiesta de diversas formas.

3. La oclusión de la función de Europa

Considerando en conjunto los diversos cursos de acción mencionados, parece inevitable la conclusión de que las posibilidades de asociación internacional de Europa están entorpecidas en grado tal vez importante y, en la misma medida, el continente no podrá alcanzar una importancia exterior proporcionada a la escala de los problemas actuales. Las limitaciones que derivan de la partición del continente europeo, las dificultades para lograr la unidad del segmento occidental, las vicisitudes de la alianza atlántica y las repercusiones adversas que dimanen de la tensión entre las superpotencias, junto con las pesimistas relaciones con el Tercer Mundo y el rechazo de todo lo europeo que se observa en varios continentes, revelan que la actuación política de Europa en el mundo se encuentra en una situación de estrangulamiento, de cuello de botella.

Si esta conclusión es cierta, la cuestión que se plantea inmediatamente es la de encontrar una salida a esa situación. En primer lugar, parece que las formas de asociación clásicas no ofrecen solución satisfactoria al problema, al menos en el futuro previsible, aunque también es de advertir que en la política internacional no hay nada más aleatorio que las previsiones, pues, a veces, los hechos resultan muy distintos de las expectativas.

En todo caso, hechas estas salvedades, cabe presumir que

la reunificación de Europa no tiene nada de verosímil en el próximo futuro, aunque en ambos lados se observen movimientos en ese sentido. Probablemente, ello requeriría unos cambios radicales en la Unión Soviética, de los que ya se observan las primeras señales, pero que no tienen solidez suficiente para asentar sobre ellos una hipótesis. Es decir, que la salida del atolladero no se encuentra, por ahora, en el entendimiento con los países de Europa.

En el marco de la alianza atlántica cabe imaginar una escenografía nueva que variase el papel atribuido a Europa, pero siempre dentro de las condiciones y limitaciones impuestas por el protagonismo de Estados Unidos, que es precisamente lo que priva de atractivo a esta salida para los países europeos. Por esta vía siempre existe la posibilidad de obtener un papel más importante en el concierto internacional, pero en una asociación sometida a una política y unos intereses que no siempre coincidirán con los del continente europeo.

La tercera vía consistiría en reestructurar las bases de cooperación entre los mismos países europeooccidentales, poniendo especial atención en dar una formulación nueva al concepto de Europa, revivificar el liderazgo político en la esfera europea, ampliar las instituciones de alcance europeo y trazar un proyecto de asociación europea lleno de imaginación y de fuerza política. No hay duda de que Europa tiene capacidad intelectual suficiente para conseguir todo esto; pero las limitaciones que derivan de la política interna de cada país y de otros factores relacionados con la supremacía de los intereses nacionales hacen muy poco probable que esos logros se alcancen en el futuro inmediato. Además, ello supondría un cambio radical en las actitudes políticas de los países europeos, lo cual es aún menos probable.

Tampoco la alternativa genérica del Tercer Mundo ofrece, por las razones ya apuntadas, muchas posibilidades para despejar el camino de Europa. Ciertamente es que en el terreno económico existe un potencial enorme, que se está incluso acrecentando con rapidez; pero el problema es político, y en este terreno la sima formada por la oposición y el antagonismo es todavía profunda, sin que se vislumbren motivos para esperar un cambio de tendencia en los años inmediatos. Pero, dentro de esta relación genérica con el Tercer Mundo, existe una situación más concreta, la de América del Sur, que puede ser decisiva a la hora de responder a las preguntas planteadas. A continuación se examinan las características fundamentales de este caso concreto.

4. América del Sur: entre Occidente y el Tercer Mundo

El desarrollo político de Sudamérica es una curiosa mezcla de Europa y el Tercer Mundo, pues en él se combinan elementos autóctonos con un fuerte ingrediente europeo, en el que dominan el elemento ibérico y el espíritu mediterráneo. Según hace observar Claudio Véliz en un reciente trabajo acerca de la tradición centralista en América latina (4), esta zona del mundo es como una Europa incompleta, por cuanto no ha pasado por las etapas del feudalismo, la Reforma, la revolución industrial y otras fases de la historia que han estampado su sello inconfundible en el carácter de Europa. De ahí dimanar, también, las diferencias entre los dos continentes; diferencias que, si bien se encuentran más arraigadas de lo que se suele pensar, no excluyen la indiscutible atracción de cierta comunidad de origen.

Aunque a un europeo le parezca fantástico, todos los golpes de Estado del decenio pasado se han realizado, según proclaman sus autores, en nombre y defensa de los valores de la civilización cristiana de Occidente. Tal vez sea una forma extraña de defender esos valores; pero algunos altos dirigentes militares argumentan que América latina tiene la misión de sustituir a Europa como bastión de esa civilización, ya que este último continente se encuentra en decadencia, mientras que el primero florece bajo los gobiernos totalitarios. Por absurdo que parezca este razonamiento, que en algunas de sus manifestaciones alcanza el tono de la histeria política, el mismo revela con claridad que América del Sur busca siempre compararse con Europa «a posteriori».

No se trata de un fenómeno verdaderamente nuevo ni de una exclusiva del pensamiento militar. Casi todas las corrientes políticas de Sudamérica, ya sean de izquierda, de centro o de derecha, son homologables con análogas corrientes europeas. Las excepciones a la regla son muy pocas. Entre Europa y América latina existe en cierto sentido una solidaridad política, basada en las identidades ideológicas, mucho más fuerte que la que se produce entre Europa y otras regiones del mundo. Desde este punto de vista, se observa reciprocidad en las percepciones correspondientes.

Este fenómeno no es exclusivamente político, pues también se produce en el terreno religioso y en ciertas manifestaciones culturales y sociales. Es indudable que en estos otros campos existe cierta interacción de valores, que

en ese mismo grado identifica a Sudamérica con Occidente, aunque sólo en un nivel genérico. Esta identificación tiene pocas aplicaciones específicas, pues no existen mecanismos que vinculen formalmente a Sudamérica con Occidente; pero es evidente que muchos aspectos de la vida sudamericana están imbuidos del espíritu occidental.

Al mismo tiempo, Sudamérica se identifica también con las aspiraciones básicas del Tercer Mundo y comparte con los países en vías de desarrollo un conjunto de problemas económicos y sociales que, aun siendo de magnitud distinta, nacen de causas similares en uno y otro caso. A diferencia de las identidades que existen con Occidente, la solidaridad con el Tercer Mundo está mejor estructurada a través de mecanismos idóneos, muchos de los cuales son de inspiración sudamericana. Algunos, como el Grupo de los 77 ó la OPEP, no son mirados con mucha simpatía en los países occidentales.

Pese a todo esto, el desarrollo económico de Sudamérica ha alcanzado unas cotas y unas perspectivas que rebasan, en general, las de otros continentes insertos en el Tercer Mundo y que colocan la economía sudamericana en el grupo de las que se están acercando a un grado aceptable de industrialización, con la consecuencia de que en algunas producciones estas economías son capaces de competir con otras potencias económicas más antiguas. Otros factores que dotan de especiales atractivos económicos a esta región del mundo son el crecimiento de su mercado, la disponibilidad de materias primas, energía y recursos naturales, en general, y la formación de mano de obra calificada.

Como consecuencia de esta dualidad de carácter — occidental en parte, y tercermundista en otra parte— América del Sur se ha convertido en una especie de clase media internacional (5) que, sin formar parte integrante del mundo industrializado occidental, tiene en común con él algunos de sus valores básicos del campo de la política, la religión y la cultura, del estilo de vida y del desarrollo, al mismo tiempo que el subcontinente tiene como uno de sus objetivos políticos la emulación de Occidente. Por otro lado, al formar parte del Tercer Mundo y de sus programas de actuación básicos, América del Sur se diferencia claramente también por sus propias características económicas y sociales. La situación es, pues, como la de las clases medias en las naciones bien organizadas: En un extremo, esas clases tienen cierto contacto con los estratos superiores y se interesan por hacerlo más estrecho; en el otro, también están en contacto con los sectores obreros; pero, al mismo tiempo, son diferentes de esos dos grupos. Esta situación permite a

las clases medias elegir entre un amplio abanico de opciones para alcanzar sus objetivos y aspiraciones, ya que están en condiciones de constituir alianzas y *ententes* con cualquiera de los otros sectores de la sociedad. Por otra parte, también hay que contar con el riesgo de los reveses de fortuna que afectan a las clases medias en los períodos de crisis.

Todas estas situaciones se observan en el plano internacional con respecto a Sudamérica y confirman la existencia del fenómeno descrito. Así, por ejemplo, América del Sur recibe escasa ayuda oficial para el desarrollo, que los países donantes reservan preferentemente para los sectores menos desarrollados de la comunidad internacional. Tampoco reciben los países sudamericanos ayuda económica de la OPEP. En los organismos políticos internacionales también se observan señales de que Sudamérica ocupa una posición peculiar, pues los países del subcontinente suelen adoptar posturas intermedias entre las tesis extremas.

Precisamente esta situación es la que pone a Sudamérica en la necesidad de ejercitar sus opciones en la esfera internacional, pues el subcontinente carece de fuerza para cambiar por sí solo las condiciones vigentes. Esta situación intermedia tiene sus ventajas, como es la cooperación con dos mundos, pero también sus inconvenientes, en particular el de padecer cierto aislamiento, ya que cada uno de esos mundos considera que el subcontinente está integrado en el otro. Este es el cuadro que en el futuro inmediato tomará formas más definidas.

La opción de asociarse con un sector no significa necesariamente oponerse al otro; es una cuestión de grado y de dar distinta orientación a ciertos planteamientos básicos. En este contexto, no cabe pensar que Sudamérica abandone los organismos que la vinculan al Tercer Mundo ni que renuncie a sus tradiciones occidentales, según la opción de que se trate. Al menos en la etapa presente, lo más necesario es comenzar la exploración de ciertas alternativas que nunca se han examinado con detalle. Y ahí precisamente es donde se plantea un paralelo con los problemas europeos analizados en la parte primera de este trabajo, porque también Sudamérica encuentra obstáculos, hasta cierto punto, en el camino de su proyección internacional.

5. ¿Funciones complementarias y desbloqueo mutuo?

La cuestión fundamental es la de si en el futuro será posible establecer entre Europa y Sudamérica una relación especial que, haciendo hincapié en los valores occidentales

compartidos por ambas zonas, permita a éstas crear unos vínculos de una clase nunca fomentada hasta ahora. Sobre esa base ambas zonas comenzarían a erigir sus respectivas posiciones internacionales, mutuamente complementarias, que sirviesen para desbloquear su actual situación en el concierto mundial. El problema es de enorme complejidad política y económica, porque supone, entre otras cosas, cambiar bastante las percepciones recíprocas y porque habría que tener en cuenta las reacciones de la política de Estados Unidos; pero ello no es motivo para no considerar cuidadosamente esta posibilidad.

Para Europa, esta perspectiva no carecería de interés político y económico. En el aspecto político, esta vinculación ampliaría la escala de asociaciones que Europa necesita para agrandar su talla internacional. Además, esta alternativa, que no sería una vinculación del tipo tradicional, tiene la doble ventaja de ofrecer un medio de aproximación al Tercer Mundo. Es decir, que no sólo contaría Europa con una base de acción más amplia, sino que la tendencia de sus relaciones con el Tercer Mundo, hoy un tanto discordes, pudiera invertirse. Mayor importancia aún tendrían los aspectos económicos de la cuestión, ya que se trata del acceso a unos mercados muy amplios que se hallan en crecimiento y del abastecimiento continuo y regular de materias primas y otros recursos esenciales para la continuidad del desarrollo europeo (6). Hoy es evidente ya la pugna entre las compañías multinacionales de Estados Unidos, Europa y Japón para asentarse en el mercado latinoamericano, y es indudable que los países que establezcan unas relaciones especiales de asociación con ese mercado gozarán de ventaja en la carrera.

Para América del Sur, el aliciente político consistiría, en principio, en la perspectiva de ampliar el abanico de sus opciones y desbloquear su ruta internacional, tanto por lo que respecta al Tercer Mundo como a las naciones industrializadas. Quizá exista ahí cierto riesgo de fricción con algunos sectores del Tercer Mundo, y sería preciso poner especial atención en este punto para salvaguardar la solidaridad básica con ese grupo. Pero en todo caso el intento sería análogo al que realizan muchos países de África y Europa para entenderse con Europa. A este respecto debe quedar claro que de lo que se trata es de materializar una opción complementaria para un sector del Tercer Mundo, no de sustituir con ella su propia solidaridad interna.

Desde el punto de vista económico, la vinculación especial con Europa adquiere atractivo aún mayor, tanto por la oportunidad de ampliar el comercio exterior como

por la de satisfacer por esa vía las necesidades de capital y tecnología para el desarrollo de Sudamérica. Desde luego, esa vinculación no descartaría las perspectivas económicas creadas por las relaciones con Estados Unidos, Japón y otros países, sino que las complementarían. Además, tal vinculación pudiera ser el paso necesario para desbaratar la discriminación sistemática de que son objeto las exportaciones sudamericanas a Europa.

En este intento de crear nuevas formas de cooperación entre Europa y América latina, el punto más interesante tal vez sea la perspectiva, al menos hipotética, de establecer entre los dos continentes una relación diagonal diferente a las formas tradicionales de vinculación vertical u horizontal. Este nuevo tipo de relación, aparte su simbolismo geográfico, tiene también una importancia política especial: podría representar una ecuación que terminase despejando el camino del futuro a ambos continentes, pese a que los obstáculos que uno y otro encuentran en ese camino sean de distinto origen y naturaleza.

Como ya se ha dicho, para los países europeos el resultado podría consistir en el descubrimiento de un nuevo marco de asociación que les permitiese incrementar su importancia internacional. Los países sudamericanos, a su vez, encontrarían la posibilidad de ejercer una opción claramente definida respecto a su papel internacional, que hasta ahora ha tenido el carácter vago y ambiguo de una clase media internacional que todavía no conoce bien sus propias aspiraciones o la mejor forma de realizarlas. Si la suma de intereses representados en este sistema fuese viable, el resultado sería una paradoja histórica: que el futuro de los dos continentes reside, simbólicamente, en la vuelta a unas identidades que ya existieron en el pasado.

Desde luego, no se trata de restablecer las relaciones coloniales sino de reanudar los vínculos de Sudamérica con Occidente, que durante varios siglos han permanecido latentes, pero casi olvidados. Esa vinculación cultural y espiritual, traducida a la realidad económica y política de nuestros días, es la que permitiría refundir el futuro en un molde enteramente nuevo, primero por lo que respeta a Europa y Sudamérica y luego tal vez por lo que respeta a todo el Occidente.

Debe subrayarse que la viabilidad de un acuerdo de este tipo depende, en gran parte, de ciertas condiciones políticas y económicas de importancia. El requisito fundamental consiste en que Europa cambie su percepción, su visión, de Sudamérica. La actitud europea hacia los países sudamericanos es todavía de cierta altivez, con muestras ocasionales

de desconfianza o incluso desprecio. Salvo en los discursos protocolarios que se pronuncian en las ceremonias oficiales, los europeos nunca han prestado mucha atención a los factores positivos que forman parte de la tradición occidental de Sudamérica. Por el contrario, en América del Sur se tiene una percepción mucho más directa de Europa: de una u otra forma, la influencia política y económica del Viejo Continente siempre está presente, aunque en ocasiones se la vea con una imagen deformada.

Es curioso ver cómo dos continentes, aunque por razones totalmente distintas, han llegado a una encrucijada de su historia en la que tienen los mismos problemas, propugnan soluciones análogas en determinados terrenos y tal vez tengan percepciones complementarias, todo ello con las naturales diferencias de escala. Diríase que, para salir del bloqueo político en que se encuentra su personalidad internacional, Europa no puede orientarse más que en una dirección: la del Tercer Mundo y con mayor probabilidad la de Sudamérica. Y a la inversa: el Occidente, con toda probabilidad Europa, parece ser el único camino con que cuenta Sudamérica para salir del Tercer Mundo y orientarse al mundo industrializado. Unas políticas económicas coincidentes, el carácter complementario de sus recursos, la semejanza de los valores religiosos, la similitud cultural y la identificación con la civilización occidental son otros tantos factores que facilitan el entendimiento entre ambos continentes. Pero en el aspecto político queda un factor que marca una profunda división, a saber: la diferencia entre una Europa democrática y una América del Sur que dejó de ser democrática. Por tratarse de un factor coyuntural, su eliminación tal vez merezca la máxima prioridad*.

NOTAS

(1) Stanley Hoffmann, «Fragments floating in the Here and Now», en *Daedalus, Looking for Europe*, invierno de 1979, págs. 1-26.

(2) Raymond Aron, «The crisis of the European Idea», *Government and Opposition*, invierno de 1979, págs. 5-19.

(3) Albert Bressand y Thierry de Montbrial, «The Ups and Downs of Mutual Relevance», *Daedalus, Old Faiths and New Doubts: The European Predicament*, primavera de 1979, págs. 109-132.

(4) Claudio Véliz, *The Centralist Tradition of Latin America*, Princeton University Press, 1980.

(5) Francisco Orrego Vicuña, *América Latina: ¿Clase Media de las Naciones?*, Instituto de Estudios Internacionales, Universidad de Chile, 1979.

(6) Heraldo Muñoz, «Las relaciones económicas entre la periferia latinoamericana, Estados Unidos y Europa Occidental», en Gustavo Lagos (director), *Las relaciones entre América Latina, Estados Unidos y Europa Occidental*, Instituto de Estudios Internacionales, Universidad de Chile, 1980.

* Ponencia presentada a la Conferencia Atlántica, celebrada en Alvor, Algarve (Portugal), en noviembre de 1980.